

los romanos hicieron una terrible matanza de latinos. Después se dió la batalla de Trifanum y la liga quedó definitivamente vencida (1) 340. Los combates siguieron al mismo tiempo que las conmociones interiores. Publilius Philo, un dictador plebeyo, obtuvo entonces la fuerza obligatoria de los plebiscitos, la aprobación del senado no posterior sino anterior á toda rogación presentada á los comicios centuriados, y que uno de los censores fuera siempre plebeyo (339). Los triunfos civiles de los plebeyos tenían por resultado nuevos triunfos en el interior. En una rápida lucha los romanos obligaron á la liga latina á disolverse, y empezó entonces esa serie de castigos y recompensas que caracterizaban á Roma; inexorable con los enemigos y ayudando siempre á sus amigos. Su política que tan bien había de probarle en la serie de conquistas que se abría entonces para ella, consistía en sembrar los países conquistados de colonias cuyos habitantes disfrutaban de derechos iguales á los de los ciudadanos romanos, ó un poco ménos, (*derecho latino*) en aislar á las ciudades dominadas, prohibiendo hasta los matrimonios entre habitantes de dos ciudades, en suscitar en cada una de ellas un partido adicto á Roma, que estuviese en lucha con el partido nacional para debilitarlos incesantemente; los romanos deportaron á algunos habitantes de los territorios conquistados, á otros los desarmaron como en Antium cuyos buques fueron privados de sus espolones, (*rostra*), para adornar la tribuna de las arengas en el Forum. Con fracciones de poblaciones vecinas á Roma, se compusieron nuevas tribus que fueron parte integrante de la ciudad y con este sistema habilísimo, avanzándose en la Italia central por líneas sucesivas de ciudades identificadas á ella por el favor ó por el te-

(1) La narración de Livio en todo este período está llena de anécdotas inventadas después de los sucesos, de inexplicables repeticiones, de oscuridad, de contradicciones. Es preferible Diódoro.

mor, Roma se adueñó del Lacio y de la Campania, á vista de los samnitas que no supieron oponérsele á tiempo.

Verdad es que ni su rudimentaria organización federal se los permitía, ni las guerras con los griegos de la Italia meridional que los ocupaban entonces. Las flojas y cobardes democracias de las colonias griegas como Tarento, estrechadas de cerca por los impetuosos italiotas del S. de la península, por los lucanios sobre todo, llamaron en su auxilio á los grandes aventureros que pululaban en Grecia. Arkidamos, rey de Esparta, atraído por el oro de Tarento, penetró en la Italia, pero fué batido por los lucanios el mismo día que Filippo ganaba la batalla de Queronea, (338). Le remplazó Alejandro el Molosso, hermano de la madre de Alejandro el Grande. Este audaz guerrero obtuvo señaladas victorias, y soñó apoderándose de Tarento, crearse un imperio italo-helénico en aquellas regiones, pero fué asesinado en 332 antes de J. C. Después de la muerte del tío de Alejandro los samnitas recobraron su supremacía, y entonces pensaron en combatir con los romanos que ocupaban la Campania, objeto tradicional de la codicia de los pueblos sabélicos. Si éstos hubieran logrado reunir los encontrados elementos de que entonces se componía la Italia para luchar con la enemiga común, Roma habría sido vencida y en quién sabe cuales tinieblas habría perdido su ruta la civilización humana. Afortunadamente la extremada división de las ciudades italianas lo impidió.

Cualquier pretexto, la ocupación de Nápoles (Neapolis y Paleopolis, formaban una sola ciudad), por los samnitas hizo estallar la guerra, la política de Roma apoyando en todas partes al partido aristocrático dentro de las ciudades y procurando segregarse á los aliados de los samnitas, logró esta vez no sólo rendir á Paleopolis, sino tratar por un lado con los griegos, mientras arrojaba á los lucanios sobre

ellos, lo que dejaba aislados á los samnitas. Éstos deseaban la paz, desconcertados ante aquella fuerza de Roma, tan vigorosa en el campo y tan ingeniosa en la diplomacia, pero los romanos no accedieron y á pesar de las condiciones humillantes á que sus enemigos se sometían, sus cónsules atravesaban á hierro y sangre el país samnita, é iban á buscar en Apulia, aliados para Roma. Los samnitas desesperados se resolvieron á luchar, y en el camino de la Campania á la Apulia, en los desfiladeros de Caudium, pusieron una emboscada á los dos cónsules, que penetrando en aquellas gargantas, de las que apenas quedan vestigios hoy, tuvieron que rendirse á merced de los samnitas, éstos, sintiendo renacer en ellos el deseo de vivir en paz con los romanos, se contentaron con celebrar un tratado, con retener algunos rehenes y con hacer pasar á las legiones enteras bajo el yugo; afrenta espantosa que ha pasado á la historia con el nombre de *las horcas caudinas*. Los romanos aprovechándose de su casuística sacerdotal declararon nulo el tratado. Hicieron bien, ¿qué pueblo que se cree con fuerzas bastantes para luchar aun, renuncia á su grandeza en virtud de una paz celebrada sin su autorización y en semejantes condiciones?

Los samnitas, generosos é indignados á la vez, volvieron á la lucha con nuevo ardor y lograron dar algunos golpes á su enemigo. Roma encarga del mando del ejército á su mejor general á *Papirius Cursor*, y como el objeto principal de la campaña era reocupar á Luceria, que era la llave de la Apulia y de que se habían apoderado los samnitas, hacia Luceria envió al ejército por dos distintas direcciones. Después de empeñadísima lucha, fueron vencidos y Luceria se rindió en 319 antes de J. C. Papirius hizo pasar bajo el yugo á los samnitas; el deshonor de *las horcas caudinas* estaba reparado (1). En vano los

(1) Los historiadores romanos no merecen entero crédito en la narración de esta campaña, porque se nota en ellos la idea preconcebida de mostrar la prontitud con que Roma había reparado sus primeros desastres.

samnitas logran rebelar una parte de las comarcas conquistadas y entrar en la Campania; los romanos los vencen delante de Capua, castigan cruelmente en esta ciudad al partido samnita y marchan á sitiarse á Bovianum, la plaza principal del Samnium. Quince años duraba ya aquella guerra terrible. Roma rodeaba el país enemigo de colonias militares que le aseguraban el dominio de la Apulia y la Campania, hacia cuya capital dirigía el censor Appius una inmensa vía militar. (*Via Appia*).

Mientras los romanos se ocupan en el sitio de Bovianum, los agentes samnitas logran hacer entrar á los etruscos en la coalición, y un ejército de 60,000 hombres baja de la Etruria y cerca á Sutrum, en el camino de Roma. Por una atrevidísima combinación, Fabius, sin esperar el beneplácito del senado salva la selva ciminiana, logra contra los etruscos la victoria decisiva del lago Vadimon y el año siguiente los vence de nuevo cerca de Perugia. Casi todas las ciudades etruscas pidieron una tregua.

Las noticias de la sublevación de la Etruria habían hecho cobrar ánimo á los samnitas, que se presentaron ante el viejo Papirus nombrado dictador de nuevo, espléndidamente ataviados como quien marcha al triunfo ó al sacrificio y fueron completamente vencidos. En vano los pueblos de la Italia central, adivinando el peligro común les prestan su auxilio, todos fueron vencidos y por último, el año de 307 los cónsules se apoderan de Bovianum. Los samnitas y los aliados obtuvieron una paz tolerable. Roma entonces concentró toda su actividad en poner entre el Samnium, espantosamente devastado por los ejércitos consulares, la Etruria y los Galos, de nuevo amenazadores, una cintura de ciudades identificadas con ella y de plazas fuertes.

Los romanos necesitaban demasiado claramente acabar con el poder samnita, pa-

ra consolidar su dominación en la Italia central, que era á su vez el resguardo de la independencia de Roma, y los samnitas comprendían demasiado que era aquella una lucha por la vida, para que no se aprovecharan de la primera oportunidad de dirimir una vez por todas la contienda. Así es que la paz no fué más que un armisticio. Las pequeñas guerras parciales que los romanos sostuvieron entretanto, denunciaban el incendio latente.

La guerra estalló cuando los samnitas creyeron haber coaligado en favor de la causa común á los galos, los etruscos, los sabinos, los lucanos, etc. Sin embargo tuvieron que reportar solos el peso de la guerra. Fabius y Decius, devastaron sistemáticamente el Samnium, no dejando un valle hasta haber agotado en él todo género de vida. Esta ruina dura aún. Los samnitas desesperados se arrojaron en la Etruria, sublevaron á su paso á los umbrios y los etruscos y llamaron á los galos. La ciudad romana recurrió á los medios supremos, se decretaron plegarias públicas, Fabius y Decius fueron elevados al consulado de nuevo, y todo el mundo corrió á las armas. Los galos salvaron el Apenino, y estaban á punto de dar la mano á los etruscos, cuando la estrategia de Fabius deshizo toda su combinación; venció á los etruscos, marchó sobre los samnitas, y después de rechazarlos voló al socorro del ejército de Decius. Á pesar de que éste, como su padre, se había consagrado á los dioses infernales lo mismo que al ejército enemigo, precipitándose solo entre las filas de los galos, en donde halló la muerte, no había logrado la victoria. Los galos cedieron al fin retirándose hacia su país en un orden imponente. La coalición estaba disuelta, mas los samnitas estaban en pié.

Consagrándose á la patria, que entonces era sinónimo de muerte, en medio de ritos fúnebres, juraron morir, y los que no juraban eran decapitados. La flor de estos bravos se llamó la legión de Lino,

porque había celebrado sus patrióticos misterios bajo tiendas de lino. El hijo de Papirius los venció. Treinta mil samnitas quedaron en el campo de batalla y aunque desde este momento la lucha estaba decidida, el viejo Pontius Herennius, el vencedor de las *Horcas caudinas* reapareció al frente de los últimos restos de los ejércitos de su país. El hijo de Fabius, á quien su padre sirvió de lugar teniente, lo venció y triunfó en Roma, trayendo un botín inmenso y entre sus cautivos á Pontius que fué decapitado. Por fin los samnitas pidieron la paz y la obtuvieron en 290: una colonia de 14,000 romanos colocada en medio de los pocos restos que de los hombres del Samnium quedaban, les impidió volver á mover y permitió á los ejércitos romanos recorrer y dominar toda la Italia, desde los confines de la Etruria hasta las orillas del golfo de Tarento.

Los galos y los etruscos fueron todavía dos veces vencidos, los galos celebraron en 282 la paz con los romanos, y el Senado dejó que las divisiones interiores fueran manteniendo en las ciudades etruscas hasta el último latido de independencia.

*Las guerras de Pyrrhus.* Entretanto, Roma sometida por completo á la ley de expansión que era el resultado fatal de sus conquistas anteriores, á lo que se aumentaba la inmensa codicia de botín que espolcaba á los grandes, una vez dominados los pueblos italianos, tropezó con las colonias griegas. Con el pretexto de socorrer á Thurium contra los lucanos, envió sus legiones al golfo de Tarento y las galeras romanas lo surcaron. Un día los tarentinos las insultaron y Roma, declaró la guerra á la colonia griega. Ésta, inmensamente rica y fuerte por mar, pero dominada por una desenfadada demagogia llamó á un gran mercenario en su ayuda, y Pyrrhus, rey de Epeiro, pasó á Italia á defender á los griegos contra los romanos.

Este *condottiere* ilustre, pertenecía á la familia de Alejandro y había tomado una

parte activa en las reyertas de sus conmitones, al grado de haber logrado apoderarse, aunque de un modo efímero, el trono de Macedonia. Soñando con hacer en Occidente lo que en Oriente había hecho Alejandro, y aprovechando la oportunidad que le ofrecía la invitación de los demagogos tarentinos, pasó á Italia, con un ejército en que se hallaban confundidos los elementos griegos y los orientales. (280) Empezó por tratar á Tarento como á ciudad conquistada, á obligar á sus habitantes á filiarse en el ejército y á perseguir severamente al partido aristocrático, amigo de los romanos.

Roma entre tanto recurría á las medidas extremas; reforzó las guarniciones que debían mantener la fidelidad de los italianos, invadió la Etruria y mandó cincuenta mil hombres al encuentro del epirota. Este ejército penetró en la Lucania, atravesó el Liris y presentó en Heraklea la batalla á Pyrrhus. Reñidísima fué la lucha y sólo gracias á la sorpresa que causó á los romanos la carga de los elefantes, pudo vencerlos el rey. El ejército vencido abandonó la Lucania, y muchos pueblos italiotas, entre ellos, el resto de los samnitas se unieron al vencedor, cuyas pérdidas fueron tan grandes, sin embargo, que comparó su victoria á una derrota.

En prueba de que así lo creía, hizo á Roma por medio de un hábil consejero, el retórico Cineas, proposiciones de paz basadas sobre la devolución de su independencia á los italiotas. El senado empezaba á sentirse fascinado por los sutiles raciocinios de aquel griego discípulo de la escuela de Alejandría, cuando el anciano Appius Claudius protestó indignado con aquellas célebres palabras que fueron después la máxima de la República: *Roma no trata mientras quede un extranjero en el suelo de Italia.* La guerra continuó. Adelantóse Pyrrhus por la Campania, deseoso de romper la coalición romano latina y de dar la mano á los etruscos: el cónsul Levinus, el

derrotado de Heraklea le impide apoderarse de Capua y de Neapolis; el rey entonces se adelanta hasta Roma en donde todo el mundo estaba sobre las armas. Afortunadamente el otro cónsul que acababa de celebrar un tratado con los etruscos, viene á cubrir á Roma, mientras Levinus marchaba sobre la retaguardia de Pyrrhus; tuvo éste que batirse en retirada, y después de permanecer algún tiempo en la Campania, fué á tomar sus cuarteles de invierno á Tarento. En la primavera siguiente (279), penetró en la Apulia y venció á los romanos en Ausculum: sin embargo, los resultados de la batalla fueron tan insignificantes, que los romanos quedaron acampados en la Apulia, sin que se les separase uno sólo de sus aliados. Pyrrhus buscó desde entonces un pretexto para abandonar la empresa de poner á cubierto á los griegos italianos de los ataques de los bárbaros; así llamaba á los romanos.

El pretexto se lo ofreció la situación de la Sicilia. Después de la muerte de Agathokles (v. pág. ) el poder de los cartagineses había crecido en la Isla. Siendo la Sicilia la verdadera llave del Mediterráneo colocada como estaba entre las dos grandes cuencas de este mar interior, los mercaderes que gobernaban á Cartago, estaban dispuestos á prodigar el oro á sus flotas y á sus milicias mercenarias para adueñarse de la Sicilia. Sus generales habían tomado á Akragas, y empezaban ya el sitio de Siracusa, cuando los habitantes de esta ciudad llamaron á Pyrrhus que era yerno de Agathokles. Éste sin hacer caso de los reproches de los tarentinos que le rogaban que no los abandonase ó que les devolviese la ciudad que ocupaba militarmente, y creyendo fácil hacer de la Sicilia el centro del imperio que soñaba, atravesó con admirable valor por entre las flotas púnicas y arribó á Siracusa; Magon, el general de los cartagineses, había avanzado antes hasta las bocas del

Tiber, para celebrar un tratado de alianza ofensiva y defensiva con los romanos, y una vez celebrado, volvió á cruzar en el estrecho de Messina.

En cuanto llegó á Sicilia *el Aquila del Epeiro*, como llamaban los griegos á Pyrrhus, todo cambió para los cartagineses: los obligó á abandonar toda la isla, con excepcion de Lilibea, y los mercaderes africanos violando sus compromisos con Roma ofrecieron al rey la paz. Éste la rechazó, y comprendiendo que mientras los cartagineses se mantuvieran en Lilibea inmediatamente que se retirase de la Sicilia, volverían las cosas al estado que ántes tenían, se propuso construirse una flota. Pero entre tanto su política excesivamente dura y tiránica por un lado, y la relajacion de todo espíritu de orden y disciplina entre los sículos minaron su poder en la isla; un ejército africano favorecido por los griegos volvió á ella, Pyrrhus lo venció, pero conociendo por un lado la hostilidad de sus nuevos súbditos, y deseando por otro presentarse en Italia con la gloria de aquel triunfo, cometió la falta imperdonable de no proseguir las consecuencias de su victoria, arrancando á Lilibea á los cartagineses y se hizo á la vela para Tarento.

En el camino las escuadras de Cartago le inflijieron un serio descalabro. Al conocerlo los sicilianos se negaron á obedecer á los representantes de Pyrrhus, y los cartagineses recobraron en un momento toda su preponderancia. El imperio sículo-epirota había caído por tierra y con él todos los sueños de ambicion de Pyrrhus. Sus hazañas desde entonces ya no tienen más objeto que hacer la guerra al azar. En su marcha á la Italia intentó sin éxito apoderarse de Rhegium, luego tomó por asalto á Lokres que le había hecho traicion, la anegó en sangre y robó el tesoro del templo de Persefóné; por fin llegó á Tarento. De ahí salió en auxilio de los samnitas y presentó batalla á los romanos en los cam-

pos arusinos cerca de Benevento. Fué completamente vencido, gracias al desorden que introdujeron en sus filas sus propios elefantes, espantados por los romanos. En vano pidió auxilio á la Grecia, todos le desoyeron; dejando entónces una guarnicion en Tarento volvió al Epeiro, abandonando para siempre la Italia. Aun obtuvo algunos triunfos en su país, aunque fracasó en su tentativa de apoderarse del trono de Macedonia ocupado por el hábil hijo de Políorketes, Antigonos Gonatas; por último pereció miserablemente en una refriega en las calles de Argos (272).

Ese mismo año el lugar teniente de Pyrrhus que ocupaba la ciudadela de Tarento, al ver penetrar en el puerto las naves cartaginesas, prefirió entregar la fortaleza á los romanos, retirándose con los honores de la guerra. Los samnitas, los lucanios y las tribus heterogeneas de ladrones y de vencidos de todas las campañas de la Italia, que con el nombre de brucios ocupaban la parte meridional de la Calabria, rica en bosques (*Brutium*) se sometieron á los romanos, aunque los samnitas resistieron todavía algunos años. Rhegium tambien fué tomada y castigados con la espada y el látigo los rebeldes campanios que ahí se habían refugiado. En resumen la Italia propia estaba dominada.

*Organizacion de la conquista.* Inmediatamente despues de la partida de Pyrrhus, Roma se ocupó de asegurar su nueva dominacion. Envió colonias á Luceria, al Samnium, otras al Picentino cerca de la costa para contener á los galos, y la gran vía del S. fué prolongada hasta el puerto de Bríndisi, destinado por la política romana á rivalizar con Tarento. Pero el instrumento poderoso de la vasta *sinmaquia* que Roma quería organizar en la Italia, fué el derecho. Varias ciudades fueron admitidas al derecho pleno de la ciudad, gozaban de todas las prerogativas del derecho civil, y en Roma podían ejercer el de sufragio; mediante una ficcion que había

de crecer sin cesar, la ciudad se agrandaba legalmente por la superficie de la Italia. Además de este derecho supremo, había otras categorías en que quedaban clasificadas casi todas las ciudades de la Italia central y meridional: la ciudadanía plena de que disfrutaban la mayor parte de las antiguas ciudades latinas, sabinas y vols-cas, y las colonias marítimas y de ciudadanos; despues venían las ciudades de derecho latino, que tenían una participacion menor en los derechos de la ciudad romana. Su nombre de latinas no quiere decir que estas poblaciones se hallasen en el Lacio cuyas ciudades, segun hemos visto, gozaban ya de otros derechos, sino que, latino en su origen, este fuero se había distribuido en toda la Italia. El derecho latino no daba facultades para tomar parte en el gobierno político de Roma, pero asimilaba en algunas cosas á las ciudades latinas con Roma en el terreno civil. El derecho latino era un escalon por donde subían al derecho pleno de ciudad los ciudadanos notables de dichas poblaciones. Luego venían las ciudades que carecían del derecho de sufragio, y cuyos jueces eran romanos. El tipo de estas ciudades era Cœre. A continuacion pueden colocarse las ciudades confederadas no latinas, algunas de las cuales gozaban de extensos derechos (v. Mommsen).

Roma dejó á las ciudades cierta autonomía, sobre todo á los municipios; pero disolvió las ligas entre ellas, y les prohibió todo contacto trascendental como el comercio y el matrimonio entre habitantes de dos de ellas; al mismo tiempo se apodera imponiéndoles la obligacion de darle contingentes, de toda su fuerza armada; favorece la formacion en cada ciudad de un gobierno interior calcado sobre el de la ciudad reina, da la mano á las aristocracias, nombra magistrados especiales que vigilarán á las ciudades sometidas, y de este modo realiza la unidad administrativa y política de la Italia. Ésta, con ré-

gimen tan hábil y tan fuerte comenzó á latinizarse; el idioma del lacio se generaliza y con él avanza la grande obra de la fusion itálica en derredor de Roma.

Al mismo tiempo en el interior de la gran ciudad la vigilancia sobre las costumbres llega á tomar extraordinario incremento, y la *censura* fué el gran magisterio republicano; las leyes se suavizan; los derechos absolutos del padre y del acreedor tienden á desaparecer; la moneda de plata se introduce y hace más fáciles las transacciones; los dioses griegos empiezan á confundirse con los romanos; la riqueza agrícola, nervio de la República, se aumenta y se perfecciona; el gran cultivo aparece sin absorber completamente todavía á la pequeña propiedad ni matar aún el trabajo libre; empieza á invertirse el dinero de la conquista en grandes construcciones, y estremeciéndose bajo el soplo del helenismo que trasformaba á la Italia entera, Roma se transformó tambien, pero acomodándose la civilizacion griega y haciéndola de eminentemente individualista que era, profundamente socialista, porque en Roma el estado ahogaba al individuo.

En fin, en esta época de renacimiento, el arte adquiere grandes proporciones, y aunque los juglares y los poetas son tenidos por viles, su influencia va creciendo; la historia contemporánea empieza á registrarse, la historia primitiva empieza á rehacerse bajo la direccion de los griegos, las leyendas adquieren forma y se agrupan sistemáticamente; en una palabra, la gran ciudad italiana toma un papel en el mundo. Así preparaba su papel soberano en la marcha de la humanidad.

*Las guerras púnicas*, (264-201 ántes de J. C.) Las guerras púnicas son el gran intermedio entre la conquista de Italia y la conquista del mundo. La historia de Roma deja ver en este período la fatalidad augusta que penetraba sus destinos y que da á su estructura la sublime sencillez de una tragedia antigua. Su posición en el Lacio, le per-